

Pequeña historia en la Ciudad de México o de los espacios y tiempos urbanos

Alicia Gordon
Márgara Millán

"Hirió Dios y castigó esta tierra y a los que en ella se hallaron, así naturales como extranjeros, con 10 plagas trabajosas. . . La séptima plaga fue la edificación de la gran Ciudad de México."

Fray Toribio de Benavente, o Motolinia.¹

19 de septiembre de 1985. La ciudad de México despertó con el fuerte temblor que en segundos destruyó y aniquiló parte de sus construcciones y habitantes. El terremoto provocó de inmediato una situación límite que amplificaba, como un lente de aumento, lo caótico y precario de nuestras condiciones "normales" de vida en la ciudad: ciudad en crisis, sobrepoblada, mal construída, deficientemente comunicada, hiperpolucionada, deshumanizada, carente de formas de organización y participación al margen de la burocracia. Ciudad central de un país fragmentado, aglomeración de habitantes, sumados sólo en número, cohesionados y ligados a través de una centralización del poder burocrático-administrativo.

La ciudad, golpeada súbitamente, vuelve sus ojos sobre sí misma: vislumbra su mal conformación, producto de un proceso irrefrenable de industrialización-masificación- explosión demográfica- migración, cuya tendencia es la del crecimiento sin límite. El terremoto cimbró una ciudad que ya era de sobrevivientes y damnificados, habitantes acostumbrados a la normalidad de la depredación constante del entorno y la auto-destrucción, a la violencia de los ejes viales, a la inversión térmica, a las distancias aumentadas por el tráfico. . . ciudad, al fin.

Sin embargo, el terremoto dejó ver también otra realidad: las múltiples ciudades que sobre este espacio común existen. Roto el fantasma de la totalidad, de la

globalidad homogénea, la ciudad se desprendió en fragmentos, que en su ruptura de ese todo generalizado y abstracto, tendieron a constituirse en pequeños todos con una comunidad y particularmente una conciencia del nosotros: "nosotros los de tlatelolco, nosotros los de tepito".

Paradójicamente al romperse o interrumpirse el sistema comunicativo general se reanimó y activó la comunicación directa, participativa, que implicaba una comunicación no alineada, no subordinada, comunicación que responde a una necesidad. Necesidad de salvar la vida, reencontrarla para sí y para los otros. Comunicación no instrumental porque el otro no es un medio sino el fin, el objetivo de esa comunicación. Ruptura de la alineación en la medida en que el objeto de la necesidad es el hombre, la vida humana. Esta ruptura de la alineación ocurrió básicamente en el individuo, en su entorno inmediato, en lo que constituyó su vida y sus circunstancias.

Si bien es cierto que la vida cotidiana no tiene necesariamente que ser alienada, no puede haber ruptura de la alienación si ésta no se da en las relaciones sociales inmediatas y más próximas: la familia, la relación hombre-mujer, la colonia, el barrio, los vecinos.

El sismo, situación de desastre "natural", por su aproximación al límite hace que la vida cotidiana pierda su multiplicidad de aspectos e intereses diversos, sus motivaciones particulares, y se polarice en torno a dos aspectos nucleares: vida y muerte. Frente a la tangibilidad de la muerte, colectiva e individualmente se revaloriza la vida, su conservación. Pero muy centralmente se cuestiona el sentido del vivir, el modo de vida.

El cuestionamiento sobre el "como vivimos" involucra el espacio y el tiempo, su forma de ser urbana. Se trata de una reflexión sobre la ciudad, esta ciudad, que va más allá de su morfología. La pérdida de la casa, la oficina, el teatro o el monumento no es sólo la reconstrucción de aquel o este metro cuadrado; o lo es sólo en la medida en que una característica de la ciudad contemporánea es precisamente la funcional-

¹ Citado por Carrera Stampa, Manuel. *La ciudad de México a principios del siglo XIX*. Sobretítulo del No. 2. Tomo XXVI De Memorias de la Academia Mexicana de Historia, México, 1967, pág. 129.

zación de sus distintos elementos: trabajo, recreación, habitat.

Pensar entonces la ciudad es proyectarla en el espacio y en el tiempo, reflexionar sobre un modo de vida, valores, expectativas, frustraciones, necesidades y deseos. La ciudad es el territorio del deseo, o más bien su historia oculta. La crisis de la ciudad rebasa sus aspectos técnicos, administrativos, financieros o burocráticos. Es más bien la crisis de las relaciones que establecemos, la despersonalización de la vida, la indiferencia, las largas horas de tiempo constreñido², los ires y venires en y de la ciudad y su sentido. El análisis de lo urbano no puede separarse de lo cotidiano, como nos dice Lefebvre.

Así, podríamos hacer dos historias paralelas de la ciudad de México y encontrar cómo estas paralelas, rechazando su figura geométrica, tenderían a juntarse en una sola recta. El proceso de urbanización de la ciudad y las particularidades de la vida cotidiana de la sociedad en ese período. Intentemos algunas referencias que nos guíen por ese camino.

La ciudad de México tiene la virtud de reunir en su historia tres ciudades: la antigua, la colonial y la moderna. Estas tres formas montadas sobre un mismo espacio geográfico apuntan a tres sociedades distintas.

México-Tenochtitlan

"... Moctezuma tomó a Cortés de la mano y le dijo que mirase su gran ciudad y todas las más ciudades que había dentro del agua, y otros muchos pueblos alrededor de la misma laguna en tierra, y que si no había visto muy bien su gran plaza, que desde allí se podía ver muy mejor, y así lo estuvimos mirando porque desde aquel grande y maldito templo estaba tan alto que todo se señoreaba muy bien... vimos las tres calzadas que entran en Méjico, Ixtapalapa que fué por la que entramos cuatro días hacia, y la de Tacuba, que fué por donde después salimos huyendo la noche de nuestro gran desbarate... y la de Tepeaquilla... Tornamos a ver la gran plaza y la multitud de gente que en ella había, unos comprando e otros vendiendo, que solamente el rumor y zumbido de las voces y palabras que allí sonaban más que de una lengua y entre nosotros hubo soldados que habían estado en muchas partes del mundo, en Cons-

tantinopla y en toda Italia y Roma, y dijeron que plaza tan bien compasada y con tanto concierto y tamaño y llena de tanta gente no la habían visto..."

Bernal Díaz del Castillo³

La dialéctica ciudad-campo corresponde a la más antigua división del trabajo. Todas las grandes civilizaciones han tenido sus grandes ciudades, centros urbanos donde la historia parece ser multiplicada en acontecimientos, en escenarios, y muchedumbres; al contrario del espacio abierto y el tiempo lento de la vida rural. Modificación del tiempo y el espacio, las ciudades antiguas son concentraciones inhabituales de hombres, como dice Braudel⁴, que no existen sino en contraste con otro tipo de vida, rural, al cual imponen por lo menos su mercado.

Surgida siempre en un lugar determinado, la ciudad antigua domina e impone la forma de vida de una sociedad, centro de poder político, militar y religioso, es también el lugar donde una forma cultural toma cuerpo y permanencia, al tiempo que se transforma. La ciudad antigua ha sido denominada "ciudad abierta". Ciudades recientes, que no tienen más de uno o dos siglos, donde no hay una transición brusca con el campo y donde ciertas actividades se empiezan a separar de un "estado primitivo indiviso". Así fue Tenochtitlan. Centro de un imperio que ha conquistado y dominado amplias regiones de su entorno (treinta y ocho provincias tributarias), gran urbe integradora de culturas diversas.

Año 1519 - Uno caña

La ciudad al llegar los españoles tiene la forma de un cuadrado de una superficie aproximada a mil hectáreas, superficie que el trabajo de dos siglos ha convertido de una laguna con islotes en una red de avenidas y canales, con gran población, y que comunican a un centro principal.

Las calles centrales son anchas y derechas. A ellas dan las fachadas de las casas con sus puertas. Existen callejones comunicando a los sitios más frecuentados y canales por donde transitan las canoas. Otras calles tiene un canal en medio por donde llegan parte de los suministros de alimentos y mercaderías para la ciudad.

La generalidad de las casas son bajas, de adobe, cal y tezontle; con pocas ventanas y salidas tanto a los canales como a las calles. Casi todas contaban con un gran patio interior y jardines. Los españoles refieren

2 Henri Lefebvre plantea que para la sociología urbana habría tres especies de tiempo: tiempo libre (tiempo de ocio), tiempo obligado (tiempo de trabajo), y tiempo constreñido (tiempo de desplazamiento y/o tiempo de formalidades burocráticas).

Para Lefebvre el tiempo constreñido es el que más crece en la sociedad contemporánea.

3 Citado por Jacques Soustelle en *La vida cotidiana de los aztecos en vísperas de la conquista*, FCE, México, 1956.

4 Braudel, Fernand, *Civilización Material y Capitalismo*, en la parte sobre las ciudades, Ed. Labor, España, 1979.

cerca de ciento veinte mil casas, de cuatro a diez habitantes cada una, es decir, una población urbana cercana al millón.

La ciudad comunicaba; al este hasta Iztapalapa, al norte con Tepeyac, santuario de la diosa Tonantzin, donde hoy se encuentra la basílica de Guadalupe; al oeste con Tlacopan y al sur hasta Coyoacán. Estas calzadas servían también de diques, construídas sobre pilotes en el lago. Fueron los ejes alrededor de los cuales creció la ciudad.

La ciudad se encontraba dispuesta en cuatro grandes sectores en referencia al templo mayor: al norte, Cuepopan, "lugar donde las flores se abren"; al oriente, Teopan, "barrio del dios"; al sur, Moyotlan: "lugar de mosquitos"; y al poniente, Aztacalco, "casa de las garzas". Los españoles conservaron esta división dándole nombre cristiano a los barrios; Santa María la Redonda, San Pablo, San Juan y San Sebastián respectivamente.⁵

Existían varias plazas en la ciudad, pero había una, la principal, donde hoy se encuentra el Zócalo, que era el verdadero centro de la gran ciudad: rectángulo de unos ciento ochenta metros cuadrados dando al norte con el templo mayor, al sur con un gran canal, al occidente con las casas de los funcionarios y al oriente con el palacio de Moctezuma II. La calzada de Tlacopan tenía más o menos el trazo de la actual Tacuba. A la gran plaza se llegaba por el canal, por Iztapalapa y por diversas calles y callejones.

El templo mayor era en realidad un barrio religioso. Se levantaba cerca de treinta metros del suelo y daba a la plaza central. Al este seguía el trazo de las actuales calles de El Carmen y Correo Mayor; al oeste Monte de Piedad y Santo Domingo; al norte terminaba en el canal. Se habla de que existían setenta y ocho edificios, donde estaban los templos, lugares de culto, monasterios y colegios.

El palacio contaba con dos pisos. En la parte baja estaba la sede del Consejo de Guerra y de los Tribunales. Arriba, los aposentos del Emperador. Contaba con salas y patios donde por las noches venían los jóvenes de las escuelas a cantar y bailar, así como los músicos y cantantes expertos: tambores, flautas, sonajas y panderos, junto con máscaras, pelucas y vestidos.

La plaza central es descrita siempre como algo prodigioso. Gran amontonamiento de mercancías, ahí se vende de todo: alimentos, ropas, metales, huesos, conchas, adobes, ladrillos, aves, figones ofrecían de comer todo el día, el barbero se instalaba a rapar cabezas, los que sabían algún oficio se ponían en alqui-

ler. Allí estaban los escribanos, y había hechiceros y adivinos que se establecían por su cuenta. En esta gran fiesta continua todo se realizaba al aire libre, en la calle. Cualquier desacuerdo era dirimido en el lugar. Existía un tribunal en el lugar de la plaza donde se turnaban tres magistrados. La sentencia era pronunciada de inmediato: "el delincuente condenado a pagar una multa enviaba a buscar a los miembros de su familia los cuales llegan inmediatamente sin aliento llevando sobre sus espaldas una carga de quachtilli, tela que servía como unidad monetaria"⁶. Una vez arreglado el conflicto la multitud reanudaba su camino y todo seguía su curso.

Todos los testigos describen impresionados esa gran plaza, donde diariamente se congregaban cerca de sesenta mil personas.

Como vemos, el centro de la ciudad es el verdadero centro de la vida comunitaria: centro comercial, político, religioso, militar y cultural. Sus habitantes se desbordan por las calles, síntesis de la vida social. Esta sociedad altamente jerarquizada convivía de manera orgánica al interior del espacio urbano.

El centro de la ciudad estaba reservado a la habitación de los dirigentes. Los barrios contenían al resto de la población. Parecería que los comerciantes, en su origen, permanecen fuera de la ciudad, en barrios alejados. Por ejemplo, Pochtlan, barrio de Tlatelolco que dio nombre generalizado de pochtecas a los comerciantes. De hecho, los comerciantes son un sector separado del resto de la sociedad. Igual pasa con los artesanos y orfebres, identificados incluso como provenientes del extranjero. El resto de la comunidad, los trabajadores, gente común y corriente, eran hombres libres y ciudadanos, con derecho a un terreno para construir su casa y una parcela para cultivar. Ellos toman parte en todo lo comunitario: servicio militar, limpieza, edificación. Tienen acceso a la distribución de víveres y ropa. Existen también campesinos sin tierra y esclavos que no cuentan con los derechos del hombre libre pero tampoco con sus obligaciones. Viven anexados a la economía de los ciudadanos.

La vida de la ciudad era ritual, llena de ceremonias festivas que integraban al sacrificio como parte fundamental en la preparación del advenimiento del ciclo vital. Todos participaban en las ceremonias y estas eran cotidianas. A cada mes (el calendario contaba con diez y ocho meses de veinte días cada uno y al final, cinco días nefastos donde nadie salía de su casa) correspondía una nueva serie de celebraciones.

Por ejemplo, el mes de la "gran fiesta de los señores", el emperador hacía servir comida y bebida a toda la población. Todas las noches se cantaba y bailaba

⁵ Según Orozco y Berra, Manuel, en *Historias de la ciudad de México desde su fundación hasta 1854*. Ed. SEP 70, N. 112, México.

⁶ Soustelle, Jacques, *op. cit.*, p. 44.

hasta el décimo día, día del sacrificio, donde la doncella que representaba a la Diosa del maíz nuevo, Xilonen, era decapitada. Era entonces cuando se comía por primera vez maíz nuevo, recién cosechado. El calendario contemplaba siempre un rito que iba acompañado de su ceremonial. Algunos eran parecidos a los actuales carnavales, con juegos reglamentados entre sacerdotes y guerreros o entre muchachos y doncellas.

Estas ceremonias, su preparación y realización, ocupaban gran parte del tiempo de la comunidad. En realidad, se trataba de la actividad más importante, ya que estaba destinada a preservar las condiciones naturales y sociales que hacían posible dicha comunidad. El ritual buscaba conservar el valor de uso al infinito, el eterno cumplimiento del ciclo.

Era este un peculiar tiempo urbano. Otra imagen de él nos puede ser dada por otra actividad de la comunidad: la fiesta.

La fiesta es muy importante, realizarla es costoso: ofrecer una fiesta implicaba acumular provisiones desde tiempo atrás. Maíz, frijol, chile, tomate, suficientes pavos y perros, cacao y vainilla, tabaco y hongos. Los invitados llegaban a media noche y no se iban sino hasta el amanecer. Se comía varias veces durante ese tiempo. Se iniciaba con el hongo divino, por tanto, un estado de ánimo dispuesto para la fiesta desde el principio. Es interesante anotar que el pulque estaba prohibido, reservado solamente para los ancianos.

La actividad lúdica estaba incorporada a la cotidianidad de toda la sociedad. El famoso juego de pelota, *tlachтли*, sólo era practicado por los nobles (los hijos de los dirigentes) y observado por el pueblo. El *patolli*, juego cabalístico, era muy popular. Su lugar era la calle, donde se sentaban los jugadores con sus fichas. El juego consistía en cincuenta y dos casillas, cada una significando parte del ciclo adivinatorio.

De esta manera vivían nuestros antepasados, con el transcurrir de un tiempo sin relojes ni cuadrantes solares, marcado sólo por los tambores y caracoles que sonaban en los templos al salir Venus, al mediodía, al anochecer y a medianoche. Tiempo cargado de sentido divino. La ciudad activa y despierta aún en la obscuridad de la noche, respiraba como un todo orgánico entremezclada con la naturaleza.

México-Colonial

En el caso de América Latina el paso de un tipo de ciudad a otro no fue un proceso lineal y continuo como en Europa. Se entrecruza el proceso de la conquista, que si bien es el intento por imponer y crear una nueva sociedad y proyecto económico, éste debe iniciarse a partir de la imposición y dominación militar.

La toma de la ciudad será el acto político fundacional del largo proceso de mercantilización e introducción del territorio americano al mercado europeo.

Así, entre 1521 y 1522 se funda la Nueva España. Ella surgirá de las ruinas de Tenochtitlán, que fue completamente destruida por los españoles: la ciudad mandada quemar quedó totalmente abandonada. No dejan edificio ni monumento en pie. La furia destructiva, más que responder a necesidades militares, quizá encuentra explicación en la necesidad de formalmente instaurar el nuevo orden.

Cuando Hernán Cortés llega a tierra mexicana, luego de treinta años de pisado el suelo americano, por primera vez se encuentra con una ciudad populosa, integrada, que es el centro político de una cultura.

Hasta entonces había parecido que América era sólo una promesa de continente, llena de riquezas inexploradas, exótica, "tropical", pero con poblaciones dispersas e incivilizadas.

México reveló una realidad diferente. La existencia de una cultura, la pre-existencia de una comunidad. Cortés quedó deslumbrado. Sin embargo, prevalecerá el espíritu negador: "El continente vacío debía quedar vacío del todo.

Así se constituyó esa tendencia inédita de la mentalidad fundadora. Se fundaba sobre la nada. Sobre una naturaleza que se daba por inexistente. La ciudad era un reducto europeo en medio de la nada⁷.

La ciudad es proyectada, planificada: los españoles en Coyoacán discuten donde fundar la nueva ciudad. Unos dicen en Iztapalapa, otros en Coyoacán. El argumento de Cortés decide: la nueva ciudad debe ser exactamente sobre las ruinas de la antigua, que había sido la Señora, y donde debían dominar los cristianos.

Se hace la traza, con los mismos materiales que habían sido parte del reino Azteca se construye la nueva ciudad. El centro es la plaza mayor, con las casas consistoriales, el templo católico, el palacio de los representantes españoles. La traza consistió en calles y plazas, terreno para las casas de los españoles, la casa de Cabildo, la Fundación, la carnicería, la horca y la picota. Abarcaba el cuadro formado por la Santísima al este, San Jerónimo al sur, Santo Domingo al norte y Santa Isabel al oeste. Este es el embrión de la ciudad hacia 1524.

En la plaza mayor, hervidero de gente, se constituyó el centro comercial, al aire libre, con cajones y puestos.

Desde un principio fue una sociedad dual, de conquistadores y conquistados, con la comunidad anterior totalmente desintegrada. Se habla de una pobla-

7 Romero, José Luis, *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*. Ed. Siglo XXI, México 1976, p. 67.

ción de cerca de treinta mil habitantes en los inicios de la colonización, contrastando con el millón de habitantes referido por los cronistas antes del sitio de Tenochtitlán.

En 1525 había aproximadamente dos mil españoles. El resto eran anahuacas, xochimilcas, chalcas, texcocanos y tapanecas. Los tlaxcaltecas serán utilizados como aglutinadores entre indígenas y españoles.

Unos y otros viven en diferentes lugares; unos en la traza y los otros en los barrios periféricos, con distintas culturas. Sin embargo, el contacto, la relación entre ellos, se lleva a cabo en la calle. Y más específicamente, en la plaza mayor. Punto de reunión, de comunicación, de intercambio. Allí empezarán a interactuar, a conocer mutuamente sus costumbres, lenguas, vestimentas, alimentos.

La ciudad española se construye, organizada, vive y se proyecta como un reducto europeo. "La mentalidad hidalga fué decididamente urbana, pero no se alojó en el modelo de la ciudad mercantil y burguesa, sino en el de la Corte"⁸

El grupo conquistador está compuesto de aventureros, ambiciosos, gente de baja estofa. Llegan a América en busca de la riqueza de fácil y rápida obtención. La nueva situación de conquistadores, dominadores, con indios a su servicio y disposición les abre un nuevo horizonte: ser hidalgos, nobles.

La riqueza es el objetivo final, pero aún no se vincula directamente con la acumulación en términos capitalistas. La riqueza devendrá un valor, una categoría, una posición de por sí, cuando llegue a desarrollarse plenamente la sociedad burguesa, lo cuál no será sino hasta el siglo XVIII. Todavía la riqueza es un medio para ocupar un lugar, para alcanzar la Corte, su vida, sus costumbres y su estilo.

Alrededor del Virrey y los distintos funcionarios eclesiásticos y civiles se organiza una vida de Corte, magnífica, verdadero espectáculo al cual el pueblo asiste como mero observador.

La ciudad está sectorizada: población conquistadora, fundamentalmente burocrática, además de frailes, nonjas y militares. Los comerciantes aún no habitan el centro urbanístico. De hecho, el primer ensanchamiento de la traza fue hacia el norte y oriente (en 1600), lugar por donde llegaban las embarcaciones con los bastos para la ciudad. Allí se establecieron algunos comerciantes y surgió el nuevo barrio de Lecumberri.

Por otro lado están los indígenas que empiezan a vivir y a participar en la red urbana. Son usados especialmente en el área del servicio doméstico y en la reacción de la infraestructura de la ciudad.

El Ayuntamiento de México recibe facultades de

Carlos V para guardar parte de los tributos. Las riquezas se invierten en gastos suntuarios: palacios, iglesias, monumentos, paseos públicos. La Alameda es un paseo aristocrático donde se reúne lo más selecto de la sociedad hidalga y criolla en el siglo XVII. Allí iba la aristocracia local en sus carrozas coloniales, literas y sillas de mano.

En los conventos se concentra el trabajo intelectual, el cultivo de las letras y el estudio. La vida de la Corte es dispendiosa. Se llevan a cabo certámenes poéticos. El teatro es inaugurado en 1597.

La ciudad es obra. Hay en ella gran riqueza que proviene de la explotación de recursos mineros y agropecuarios. La ciudad es obra, y la obra es valor de uso. "El uso de la ciudad, es decir, de las calles y plazas, los edificios y monumentos, es la fiesta que consume de modo improductivo riquezas enormes, en objetos y dinero, sin otra ventaja que la del placer y el prestigio".⁹

En los dos siglos que siguieron a la conquista fue prefigurándose la nueva ciudad, que constituyó también el afianzamiento de una nueva sociedad, particular, específica. Ni europea ni indígena, sino criolla.

La vieja aristocracia hidalga enfrentada a un sector miserable, indígena y marginal, fue entremezclándose por las cruces entre las razas. De negros, blancos e indios puros, pasados a mestizos, mulatos y pardos. Las múltiples funciones y actividades que la vida urbana fue desarrollando creó un nuevo sector social. Entre estas actividades, la que más crece es la comercial y todos los aspectos relacionados con la intermediación.

La vida urbana se puebla de multitud de gentes, nuevos sectores sociales, específicamente las clases medias. Todos ellos invaden las calles y lugares públicos. En el día los distintos agentes comercian, intercambian, se relacionan. "A la hora de recogerse cada núcleo social se agrupaba en sus barrios, pero en el día los grupos se interpenetraban. Comprar y vender intercomunicaba"¹⁰

Crece el mercado interno. El comercio urbano se llevaba a cabo en los mercados. El principal de ellos, El Parían, ubicado en la plaza mayor. La plaza es centro de comunicación social. Allí se llevan a cabo actividades económicas. Fiestas públicas, tanto civiles como religiosas.

La economía, la religión y la política estaban simbólicamente representadas en la Plaza Mayor.

Cincuenta años antes de la independencia, México era ya una sociedad criolla. Existía un nuevo mapa social. La antigua aristocracia hidalga ya es hidalgo-bur-

9 Lefebvre, Henri. *El derecho a la ciudad*. Ed. Península, Barcelona, 1978, p. 19.

10 Romero, José Luis, *op. cit.*, p. 138.

8 Romero, José Luis, *op. cit.*, p. 117.

guesa o simplemente burguesa. Las clases medias constituídas por diversos sectores que se han entremezclado, y las clases populares integradas a la vida urbana. Los nuevos sectores logran una reestructuración de la comunidad perdida: éste es su territorio, esta su ciudad. A pesar de las diferencias que puedan tener entre ellos, el México independentista es una sociedad compacta, afianzada en una cultura y un proyecto económico que le es propio.

La población urbana creció con mucha lentitud. En general, no se sobrepasó la traza de los fundadores hasta entrado el siglo XVIII. A mediados de éste nos encontramos con una sociedad burguesa, con una economía más abierta, se trata ya de la sociedad mercantil.

El siglo XIX es el tiempo del primer crecimiento urbano importante, de la extensión de la sociedad mercantil y el capitalismo liberal.

Sin embargo, el centro sigue siendo el centro. Mantiene su hegemonía. Ahí vive la aristocracia criolla, el clero. Ahí están los poderes. La Plaza Mayor es ahora la Plaza de la Constitución (nombre que adquiere en la Independencia, 1813). En 1866 Ignacio Trigueros ordena el trazo de un jardín, cuantrio fuentes, sesenta y dos bancas de fierro. Se instala el alambrado de gas hidrógeno y se mantiene como un lugar de reunión social, donde las bandas militares daban conciertos, donde se paseaba y se conocía y reconocía la gente. El centro se conservaba como centro social. El comercio textil, el más importante de la época, también se instala en el centro.

Manuel Orozco y Berra describe el centro de la ciudad hacia 1854 de la siguiente manera:

El centro de la ciudad se compone de mercados y arrabales, calzadas llenas de lugares donde se reúne la gente a bailar y cantar, billares, peleas de gallos, maromas o juegos de volantines, circo, panorama, diorama, títeres, mesas de bolos y bochas, tiradero al blanco, juego de pelota y varios jardines públicos. El Tívoli, famoso café de San Cosme. Hay tres paseos: Bucareli, La Viga (de México a Chalco, donde se embarcaba en canoa para ir a los pueblos de Ixtacalco, Santa Anita y Resurrección), y la Alameda, paseo más antiguo.¹¹

Del México moderno a la ciudad de masas

Las ciudades latinoamericanas asimilan de manera cada vez más simultánea los cambios que enfrentan las grandes metrópolis. La ideología del progreso y de la modernización capitalista se va concentrando en la industrialización y tecnificación del proceso productivo, en la urbanización y masificación de las ciudades,

11 Orozco y Berra, Manuel, *op. cit.*

en la ampliación, concentración y crecimiento del consumo.

Hacia 1900, la ciudad de México cuenta con 390 000 habitantes. Sus calles centrales están repletas de bancos y oficinas. La ciudad es el centro de los grandes intermediarios: banqueros, exportadores, financistas, magnates de la bolsa.

La ciudad multiplicó su movimiento. Recién empieza el verdadero crecimiento urbano. Para 1930, sobrepasa el millón de habitantes.

A mediados del siglo XIX las clases altas empiezan a abandonar el centro para ir a vivir a las colonias. Las capas acomodadas se van a los nuevos barrios del noroeste, los cuales ya no se edifican en torno a una iglesia, sino que son fraccionamientos de grandes mansiones. El viejo casco de la ciudad aloja cada vez más a las clases populares. Las viejas casonas y palacios se tornan vecindades. Surgen los trenes de mulas y luego los eléctricos. A los largo de los caminos de acceso al centro aparecen nuevos barrios: colonia Juárez y Roma y posteriormente las Lomas de Chapultepec. El centro de la ciudad sigue siendo, sin embargo, el núcleo que aglutina en el mercado, la vida comercial y en sus plazas y paseos lo más relevante de la vida social.

Porfirio Díaz inicia la remodelación de la ciudad. El arquetipo es París, en el proyecto Haussmann¹²: ensanchar las calles y construir grandes y elegantes avenidas, (Paseo de la Reforma), arquitectura monumental (Palacio de Bellas Artes), extensos parques, (Bosques de Chapultepec).

Estos proyectos dan comienzo a una nueva tendencia de la sociedad urbana que es precisamente el de la funcionalización de la vida social. En esa medida la calle como vía de tránsito al tiempo que lugar de sociabilidad es sustituida por las grandes avenidas, que sólo permiten el tránsito vehicular. Por su parte los bosques y parques señalan, fijan, el espacio de recreo y esparcimiento. La calle será progresivamente desalojada. Su sociabilidad debe retirarse al espacio privado, o por lo menos bien limitado.

La ciudad se remodela, crece, se edifica, pero su esplendor es cada vez más funcional. Se reemplaza a la ciudad como valor de uso por la ciudad— valor de cambio. Como nos dice Lefebvre pasa de ser obra a producto.¹³

12 Georges-Eugene Haussmann (París 1801-1891). Fue nombrado prefecto del Sena por Napoleón III y llevó a cabo una reforma urbana de París que contempló el ensanchamiento de las calles y la construcción de grandes bulevares. De hecho se considera que abrió París a la circulación.

13 Para Lefebvre, al generalizarse la mercancía, la ciudad al igual que la obra de arte, y toda obra, con el capitalismo pasa a ser un producto. Es decir, el valor de cambio subsume al valor de uso.

Se inician grandes obras de infraestructura urbana donde el capital nacional se asocia con el extranjero. Por ejemplo, la Compañía de luz eléctrica, teléfonos y ferrocarriles.

En torno a la tierra urbana se inicia un proceso especulativo. El ferrocarril y otras vías de comunicación valorizan la tierra convirtiéndose ésta en un gran negocio. Se construyen barrios y pueblos en torno a estas vías. Las industrias se instalan a las orillas de las nuevas rutas. Especialmente al norte y este de la ciudad.

Los sectores sociales no sólo han crecido sino que también han cambiado cualitativamente. Se han formado nuevas burguesías que han ido desplazando al sector tradicional. Las clases medias y populares inician un crecimiento acelerado. El sector terciario prolifera. De hecho, la ciudad se trastoca en un gran conglomerado heterogéneo, donde la relación directa de unos con otros se pierde y se prefigura un nuevo estilo, despersonalizado y anónimo, propio de la sociedad de masas.

La participación política de clases medias y populares que habrían conducido al proceso revolucionario finaliza, tras la derrota de los movimientos populares, en una modernización de la política y del estado.

Todas las condiciones están dispuestas para la transformación de la ciudad de México en una sociedad urbana.

Industrialización y sociedad urbana

Toda revolución industrial se complementa con crecimiento demográfico, racionalización de las vías de comunicación, especialización de los sectores urbanos: barrios de negocios, barrios residenciales, grandes centros comerciales, hoteles, cafés, cines, suburbanización. De hecho las actividades industriales significan cambios sustanciales en la ciudad. Surge así la ciudad moderna. En América Latina esta nueva forma de urbe se da a partir de la Segunda Guerra Mundial, momento en que se crea una base industrial sustitutiva.

El proceso de industrialización es contemporáneo al de urbanización y masificación de la sociedad latinoamericana. La explosión demográfica no puede explicarse sólo a partir del incremento de la natalidad y descenso de la mortalidad, sino a través del complejo y masivo proceso de éxodo del campo a la ciudad. En el caso de México la migración campesina se remonta a los años veinte como una secuela particular de la revolución y la Reforma Agraria que se inicia con posterioridad a la finiquitación de ésta.

La ruptura del sistema de hacienda, característico del porfiriato, tuvo como consecuencia una masa campesina empobrecida, sin perspectivas. "El efecto inmediato de la destrucción del sistema de hacienda

fue la migración de los campesinos hacia los centros más urbanizados."¹⁴

La redistribución de la tierra se hizo por etapas discontinuas a lo largo de los diferentes gobiernos que se instauran luego de la revolución. A la postre condujo a un sistema de propiedad basado fundamentalmente en el minifundio, menor a 5 hectáreas, que se mantuvo únicamente como agricultura de subsistencia, insuficiente para satisfacer las necesidades de una familia.

Los considerados niveles de subsistencia en el agro están muy por debajo de las condiciones en la ciudad. No sólo en términos salariales, sino en seguridad social, salud, vivienda, educación. Ello motiva que la ciudad sea elegida como un refugio. Y también como una esperanza.

La ciudad, punto nodal de la industrialización, canalizó para sí los grandes capitales extranjeros, amén de la participación estatal. El Estado se transformó en un agente económico activo, especialmente invirtiendo en infraestructura: transporte, vialidad, energéticos, servicios, con lo cual amplió la oferta de trabajo, específicamente en áreas como la construcción, que no requieren de una mano de obra especializada ni calificada.

La industrialización se logró con una política dirigida sólo y exclusivamente a los "polos de crecimiento". Su éxito significó el desequilibrio del desarrollo con respecto al agro.

Si el poder era centralizado antes de la revolución, después lo será aún más: es la absoluta centralización en la capital, que también reúne todos los otros poderes federales: financiero, servicios públicos, administrativos, cultural, cúpulas políticas del partido gobernante: lo que exacerba la concentración industrial-urbana.

La industria está en la ciudad, el mercado interno más significativo también. Las luces de la ciudad atraen e integran a amplios sectores de la población que vienen con la expectativa de trabajo, y quizá en busca de las promesas de la vida urbana.

La capital a partir de 1940 incursiona en el crecimiento desenfrenado de la sociedad urbana. De un millón de habitantes que tenía por esas fechas, crece a ocho y medio millones en sólo treinta años. En los últimos diez y seis llega a la sorprendente cifra de más de diez y ocho millones.

Hay concentración habitacional en el centro colonial. Las viejas casonas se dividen y subdividen para albergar cada vez a más familias. De 1940-50 se expande la ciudad hacia el sur y sudeste buscando precisamente la desconcentración habitacional. Las

14 Montaña, Jorge. *Los pobres de la ciudad en los asentamientos es-pañoles*, 5a. ed. Siglo XXI, México, pág. 16.

clases más acomodadas son las que emigran hacia la periferia, lo que propicia la necesidad de mejorar los sistemas de vialidad. Se abren las avenidas 20 de noviembre y San Juan de Letrán.

La mancha urbana se extiende hacia los cuatro puntos cardinales, sin planificación y en forma anárquica. El único elemento ordenado es el valor de la tierra, la especulación en torno a ella. La industria y los distintos sectores sociales irán creando el mapa ciudadano. Zonas privilegiadas en cuanto a servicios y construcciones al poniente y sur de la ciudad. En el norte y oriente conforme a la instalación industrial una mayor proliferación de colonias proletarias.

El centro se transforma en un exponente de todas las categorías sociales, exceptuando a los dos extremos: más ricos y más pobres.

Grandes consorcios comerciales o financieros proyectarán los espacios, buscando en forma prioritaria a los grupos con mayores ingresos, y clases medias, que se han diversificado y aumentado. Después de 1960, el Estado a través de instituciones como el IMSS, ISSSTE, construirá modernas viviendas como los "multifamiliares" y "condominios" que se destinan a los trabajadores y empleados de la administración pública.

Mediante sistemas de financiamientos públicos y privados —canalizados a través de la banca— los sectores sindicalizados y las clases medias de menor ingreso, aunque sí con entradas fijas, logran tener cierto acceso a la "propiedad". Los olvidados o dejados de lado son esa gran masa, donde los inmigrantes son un factor importante, que no han logrado insertarse directamente en el sistema industrial y que viven entre el desempleo, subempleo, las actividades terciarias, el pequeño comercio, etc. Ellos tendrán que encontrar su propia solución. Y la encuentran —de alguna manera— a través de la instauración de las llamadas ciudades perdidas, que se crean producto de la toma o invasión de terrenos baldíos a principios de los años 60. Estas ciudades perdidas se entremezclan con los barrios de las clases medias, o en las proximidades de los centros industriales, aunque también en las áreas suburbanas. Se caracterizan por la falta de servicios y por levantar sus construcciones con materiales de desecho o ya usados como cartón, lámina y madera.

Las invasiones se popularizan pero no se transforman en cordones que rodeen o cerquen a una ciudad, sino que son incorporados al sistema tradicional de canalización de demandas. A través del PRI y su rama la CNOP (Confederación Nacional de Organizaciones Populares) más las distintas instancias gubernamentales, los requerimientos y peticiones y las posteriores legalizaciones de terrenos se encauzarán por la vía de la negociación.

La sociedad urbana, es decir, industrial, que crece y se desarrolla al calor de la industria y la producción crea problemáticas diferentes y separadas del área productiva. La ciudad es ya mucho más que aquel territorio que reproducía los medios de producción, entre ellos la fuerza de trabajo. La ciudad es también el espacio de la reproducción de las relaciones sociales y esto rebasa el ámbito de la fábrica. Se lleva a cabo en la cotidianidad, en los ocios, en las formas culturales, en las formas de consumo.¹⁵ Alrededor de la masificación del consumo se perfila un estilo de vida inspirado en el modelo norteamericano, cosmopolita y propio de las clases medias, mexicanas o de los diferentes países industrializados. Una forma de habitat, con casas amplias y jardín, alejadas de los centros industriales y de los hacinamientos de población. El espacio público aquí se privatiza y sale de la calle para transformarse en centros comerciales integrados; el juego se practica en clubes y asociaciones cerradas donde se juega tenis, squash, golf. "Actualmente vivir en ciudad Satélite permite satisfacer ese ideal y las palabras "auto" y "super" tienen un lugar muy importante, supercarretera, autocinema, autopista y supermercado forman parte de ese conjunto urbano".¹⁶

El consumo, las relaciones sociales a través del mercado crean una vida urbana. El subconsumo, las distintas formas de marginalidad económica, crean otro estilo, aún impregnado de la cultura del agro, donde se mantienen las formas alimenticias, siendo el maíz la base de la alimentación. Los cultivos y fiestas religiosas no difieren grandemente entre la ciudad y el pueblo. Los sistemas de mercado libre siguen siendo la forma generalizada de adquirir los productos.

La ciudad es una multiplicidad de realidades contrastantes. La opulencia junto a la más extrema miseria. Construcciones de concreto, aluminio y vidrio. Varillas de acero que sostienen los grandes edificios, en contraste al cartón y lámina que mal apuntalan una pequeña habitación para 6 ó 7 miembros de una familia. Barrios de ladrillo, zonas residenciales de lujo, suburbios populares y ciudades perdidas. Muchos centros que reemplazan en parte al antiguo Zócalo y su centralización: económica, política, religiosa.

La comunidad se encuentra resquebrajada. Se reconstruye sólo por sectores y fragmentos, en torno a problemáticas particulares (agua, luz, policía, desastre). Barrio, bandas, vecindades forman muchas ciudades en una sola.

Los nuevos lugares de coincidencia de la multitud son tiendas, cine, espectáculos, deportes, aunque ge-

15 Lefebvre, Henri, *op. cit.*

16 Bataillon, Claude. *Las zonas suburbanas de la Ciudad de México* Instituto de Geografía, UNAM, 1968, pág. 27.

neralmente estos encuentros están fraccionados según los rumbos habitacionales.

El gran socializador de valores, expectativas y formas culturales es la televisión, que, desde el espacio de lo privado: la casa con su televisor funcionando, hace común un modo de vida promovido por la publicidad. Los medios masivos de comunicación encuentran aquí su verdadera función: pilares de una cultura dominante, venden pasiones y sonrisas, sueños encarnados en mercancías.

La sociedad urbana ha perdido aquello que la constituía: lo social urbano, la vida urbana. El proceso de industrialización capitalista ha terminado con la realidad urbana a través de la extensión de la urbanización. La sociedad urbana ha perdido su centro y lo reencontra como mera centralidad: es el centro de decisión, el centro de poder. Es éste el que globaliza un todo informe y heterogéneo.

Los ciudadanos ya no habitamos nuestra ciudad, porque ya no habitamos en general ningún espacio: vuel-

to todo hacia el valor de cambio, funcionalizado, aparece el habitat: "... 'habitar' era participar en una vida social, en una comunidad, pueblo o ciudad. La vida urbana manifestaba esa cualidad, entre otras, este atributo. Se prestaba a habitar, permitía a los ciudadanos habitar. De este modo, 'los mortales habitan mientras salvan la tierra, mientras esperan a los dioses... mientras conducen su propio ser en la preservación y el consumo' "...¹⁷

El hogar que era la ciudad antigua para sus habitantes, mimesis entre sociedad y naturaleza, es borrado por la extensión generalizada de la urbanización. Reconstruir la ciudad, replantarla, rebasa toda consideración técnico-instrumental. Ella tendría que darse en la vida social, único lugar donde pueden darse formas y relaciones nuevas (Lefebvre).

Sería pues tarea de los que se enteran en construir las utopías: un nuevo espacio y tiempo urbano, una cotidianidad distinta, es decir, una nueva forma de vida.

BIBLIOGRAFIA

- Bataillon, Claude, y Riviere D'Arc, Helene: *La ciudad de México*. Sep-Setentas, No. 99, México, 1973.
- Bataillon, Claude: *Laz zonas suburbanas de la ciudad de México*. UNAM, 1968.
- Braudel, Fernand. *Civilizaciones material y capitalismo*.
- Carrera Stampa, Manuel. *La ciudad de México a principios del siglo XIX*. Sobretiro del No. 2, Tomo XXVI, de Memorias de la Academia Mexicana de Historia, México, 1967.
- Choay, Françoise. *El urbanismo. Utopías y realidades*, Ed. Lumen, Barcelona, 1976.
- De la Maza, Francisco. *La ciudad de México en el siglo XVII*. Lecturas Mexicanas, F.C.E. Sep, No. 95, México, 1985.
- Lefebvre, Henri. *El Derecho a la Ciudad*, Ed. Península Barcelona, 1969.
- De lo rural a lo urbano*, Ed. Península, Barcelona, 1978.
- Espacio y política*, Ed. Península, Barcelona, 1976.
- Montaño, Jorge: *Los pobres de la Ciudad en los asentamientos espontáneos*, 5a. ed. siglo XXI, México, 1985.
- Novo, Salvador. *Un año, hace ciento. La ciudad de México en 1873*, Ed. Porrúa, México, 1973.
- Orozco y Berra, Manuel. *Historia de la Ciudad de México desde su fundación hasta 1854*, Ed. Sep-Setentas No. 112, México.
- Romero, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. Ed. Siglo XXI, México, 1976.
- Soustelle, Jacques. *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*, F.C.E., México, 1956.